

Pues, según eso, no digan que tiene el duque cien mil de renta, sino mil y los demás de dolor de cabeza.

Había bravos papasales, otros que papaban viento y decían que engordaban; pero al cabo todo paraba en aire. Todo se lo tragaban algunos y otros todo se lo bebían. Muchos tragaban saliva y los más mordían cebolla y al cabo todos los que comían quedaban comidos hasta de los gusanos.

En todas estas tiendas no ferieron cosa de provecho; si en las otras de mano derecha, preciosos bienes, verdades de finisimos quilates y sobre todo á sí mismos. Que el sabio consigo y Dios, tiene lo que basta.

Destá suerte salieron de la feria, hablando cómo les había ido en ella. Egenio ya otro, porque rico trató de volver á su alojamiento, que en esta vida no hay casa propia. Critilo y Andrenio se encaminaron á pasar los puertos de la edad varonil en Aragón, de quien decía aquel su famoso rey que, en naciendo, fué destinado para dar tantos Santiagos y para ser conquistador de tantos reinos, comparando las naciones de España á las edades y que los aragoneses eran los varones.

EL CRITICÓN

SEGUNDA PARTE

JUICIOSA CORTESANA FILOSOFIA
EN EL OTOÑO DE LA VARONIL EDAD

AL SERENÍSIMO SEÑOR
DON JUAN DE AUSTRIA

Serenísimo Señor:

Arco vistoso y bienvisto el que tantas tempestades serena, brillante rayo del planeta cuarto y rayo ardiente de la guerra. Hoy en emulación de las aceradas hojas de Belona, siempre augustas, siempre victoriosas, en la hercúlea mano de V. A. llegan á tan florecientes plantas estas de Minerva, prometiéndose eternidades de seguridad á sombra de tan inmortal plausible lucimiento. De hojas á hojas va la competencia y no estraña, pues con igual felicidad suelen alternarse las fatigas de Palas valiente y las delicias de Palas estudiosa, y más en un César novel, gloria de Austria y blasón de España. La edad, Señor varonil, mal-delineada en estos borrones, bienideada en los aciertos de la anciana juventud de V. A., vincula su patrocinio en quien toda la Monarquía Católica, su desempeño, inaugurando que quien, cuando había de ser joven, es tanto hombre, cuando llegue á ser hombre, será un jayán del valor, un héroe de la virtud y un fénix de la fama.

B. L. P. DE V. A.
LORRENZO GRACIAN.

CRISI PRIMERA

Reforma universal.

Renuncia el hombre inclinaciones de siete en siete años: ¡cuánto más alternará genios en cada una de sus cuatro edades! Comienza á medio vivir quien poco ó nada percibe. Ociosas pasan las potencias en la niñez, aun las vulgares; que las nobles sepultadas yacen en una puerilidad insensible, punto menos que bruto, aumentándose con las plantas y vegetándose con las flores.

Pero llega el tiempo en que también el alma sale de mantillas: ejerce ya la vida sensitiva, entra en la jovial juventud, que de allí tomó apellido. ¡Qué sensual! ¡Qué delicioso! No atiende sino á holgarse el que nada entiende. No vaca al noble ingenio; sino al delicioso genio. Sigue sus gustos, cuando tan malo le tiene.

Llega al fin, pues, siempre tarde á la vida racional y muy de hombre: ya discurre y se desvela. Y porque se reconoce hombre, trata de ser persona. Estima el ser estimado, anhela al valer, abraza la virtud, logra la amistad, solicita el saber, atesora noticias y atiende á todo sublime empleo.

Acertadamente discurría quien comparaba el vivir del hombre al correr del agua, cuando todos morimos y como ella nos vamos deslizano. Es la niñez fuente risueña. Nace entre menudas arenas, que de los polvos de la nada se hacen los lodos del cuerpo. Sale tan clara como sencilla. Rie lo que no murmu-

*Empleos
varoniles*

ra, bulle entre campanillas de viento, arrullase entre pucheros y ciñese de verduras que la fajan.

Precipitase ya la mocedad en un impetuoso torrente, corre, salta, se arroja y despeña, tropezando con las guijas, rifando con las flores. Va echando espumas, se enturbia y se enfurece.

Sosiegase ya río en la varonil edad. Va pasando tan callado, cuan profundo, caudalosamente vagaroso. Todo es fondos, sin ruido. Dilátase espaciosamente grave, fertiliza los campos, fortalece las ciudades, enriquece las provincias y de todas maneiras aprovecha.

¡Mas ay! que al cabo viene á parar en el amargo mal de la vejez, abismo de achaques, sin que le falte una gota. Allí pierden los ricos sus brios, su nombre y su dulzura. Va á orza el carcomido bajel, haciendo agua por cien partes y á cada instante zozobrando entre borrascas tan deshechas, que le deshacen, hasta dar al través con dolor y con dolores en el abismo de un sepulcro, quedando encallado en el perpetuo olvido.

Hallábanse ya nuestros dos peregrinos del vivir, Critilo y Andrenio, en Aragón, que los extranjeros llaman la buena España, empeñados en el mayor reventón de la vida. Acababan de pasar sin sentir, cuando con mayor sentimiento, los alegres prados de la juventud, lo ameno de sus verduras, lo florido de sus lozanas y, subiendo la trabajosa cuesta de la edad varonil, llena de asperezas, si no malezas, emprendian una montaña de dificultades.

Haciasele muy cuesta arriba á Andrenio, como á todos los que suben á la virtud, que nunca hubo altura sin cuesta. Iba afanando y aun sudando. Animábale Critilo con prudentes recuerdos y consolábale en aquella esterilidad de flores con la gran copia de frutos, de que se veian cargados los árboles. Pues tenian más que hojas, contando las de los libros. Subían tan altos, que les pareció señoreaban cuanto contiene el mundo, muy superiores á todo.

*Aragón,
buena
España.*

¿Qué te parece desta nueva región?, dijo Critilo. ¿No percibes qué aires estos tan puros?

Así es, respondió Andrenio. Paréceme que ya llevamos otros aires. ¡Qué buen puesto éste para tomar aliento y asiento! Que ya es tiempo de tenerle.

Pusiéronse á contemplar lo que habian caminado hasta hoy.

¿No atiendes qué de verduras dejamos atrás, tan pisadas, como pasadas? ¡Cuán bajo y cuán vil parece todo lo que habemos andado hasta aqui! Todo es niñería, respecto de la gran provincia que emprendemos. ¡Qué humildes y qué bajas se reconocen todas las cosas pasadas! ¡Qué profundidad tan notable se advierte de aqui allá! Despeño sería querer volver á ellas. ¡Qué pasos tan sin provecho, cuantos habemos dado hasta hoy!

Esto estaban filosofando, cuando descubrieron un hombre, muy otro de cuantos habian topado hasta aqui, pues se estaba haciendo ojos para notarlos, que ya poco es ver. Fué acercando y ellos advirtiendo que realmente venia todo rebutido de ojos de pies á cabeza y todos suyos y muy despiertos.

¡Qué gran mirón es éste!, dijo Andrenio.

No; sino prodigio de atenciones, respondió Critilo. Si él es hombre, no destes tiempos; y, si lo es, no es marido ni aun pastor ni trae cetro ni cayado. ¿Mas si sería Argos? Pero no, que ése fué del tiempo antiguo y ya no se usan semejantes desvelos.

Antes sí, respondió el mismo: que estamos en tiempos, que es menester abrir el ojo y aun no basta; sino andar con cien ojos. Nunca fueron menester más atenciones, que cuando hay tantas intenciones: que ya ninguno obra de primera. Y advertid que de aqui adelante ha de ser el andar despabilados, que hasta ahora todos habéis vivido á ciegas y aun á dormidas.

Dinos por tu vida, tú que ves por ciento y vives por otros tantos, ¿guardas aún bellezas?

¡Qué vulgaridad tan rancia!, respondió él. ¿Y quién me mete á mi en imposibles? Antes me guardo yo dellas y guardo á otros bienentendidos.

*Argos
moral.*

Estaba atónito Andrenio, haciéndose ojos también ó en desquite ó en imitación.

Y reparando en ellos Argos, le dijo:

¿Ves ó miras? Que no todos miran lo que ven.

Estoy, respondió, pensando de qué te pueden servir tantos ojos. Porque en la cara están en su lugar, para ver lo que pasa, y aun en el cerebro, para ver lo que pasó; ¿pero en los hombros á qué propósito?

*Ojo á la
carga y
al cargo.*

¡Qué bien lo entiendes!, dijo Argos. Estos son más importantes, los que más estimaba don Fadrique de Toledo.

¿Pues para qué valen?

Para mirar un hombre la carga que se echa á costas y más si se casa ó se arrasa, al aceptar el cargo y entrar en el empleo. Ahí es el ver y tantear la carga, mirando y remirando, midiéndola con sus fuerzas, viendo lo que pueden sus hombros. Que el que no es un Atlante ¿para qué se ha de meter á sostener las estrellas? Y el otro, que no es un Hércules, ¿para qué se entremete á sustituto del peso de un mundo? El dará con todo en tierra.

¡Oh, si todos los mortales tuviesen destos ojos! Yo sé que no se echarían tan á carga cerrada las obligaciones, que después no pueden cumplir. Y así andan toda la vida gimiendo con la carga incomportable: el uno de un matrimonio, sin patrimonio; el otro del demasiado punto, sin coma; éste con el empeño en que se desempeña y aquél con el honor, que es horror. Estos ojos humerales abro yo primero muy bien, antes de echarme la carga á costas; que el abrirlos después no sirve sino para la desesperación ó para el llanto.

¡Oh, cómo tomaría yo otros dos, dijo Critilo, no sólo para no cargar de obligaciones, pero ni aun encargarme de cosa alguna, que abruma la vida y haga sudar la conciencia.

Yo confieso, que tienes razón, dijo Andrenio, y que están bien los ojos en los hombros, pues todo hombre nació para la carga. Pero dime: esos, que llevas en las espaldas ¿para qué

*Ojo al
arrimo.*

pueden ser buenos? Si ellas de ordinario están arrimadas ¿de qué sirven?

Y aun por eso, respondió Argos: para que miren bien dónde se arriman. ¿No sabes tú que casi todos los arrimos del mundo son falsos, chimeneas tras tapiz, que hasta los parientes falsean y se halla peligro en los mismos hermanos? Maldito el hombre, que confía en otro, y sea quien fuere. ¿Qué digo amigos y hermanos? De los mismos hijos no hay que asegurarse y necio del padre, que en vida se despoja. No decia del todo mal quien decia que vale más tener que dejar en muerte á los enemigos, que pedir en vida á los amigos. Ni aun en los mismos padres hay que confiar, que algunos han echado dado falso á los hijos y ¡cuántas madres hoy venden las hijas!

Hay gran cogida de falsos amigos y poca acogida en ellos. Ni hay otra amistad, que dependencia. A lo mejor falsean y dejan á un hombre en el lugar, en que ellos le metieron. ¿Qué importa que el otro os haga espaldas en el delito, si no os hace cuello después en el degüello?

Buen remedio, dijo Critilo, no arrimarse á cabo alguno, estarse solo, vivir á lo filósofo y á lo feliz.

Rióse Argos y dijo:

Si un hombre no busca algún arrimo, todos le dejarán estar y no vivir. Ningunos más arrimados hoy que los que no se arriman. Aunque sea un gigante en méritos, le echarán á un rincón. Así puede ser más benemérito que nuestros obispos de Barbastro, más hombre de bien que el mismo patriarca, más valiente que Domingo de Eguia, más docto que el cardenal de Lugo: nadie se acordará del. Y aun por eso, toda conclusión se arrima á buen poste y todo jubileo á buena esquina. Creedme que importan mucho estas atenciones respaldares.

*Don Mi-
guel de
Escartin.*

Esos sean los mismos, dijo Andrenio, y no los de las rodillas. Desde ahora los renuncio allí. ¿Y para qué, sino para cegarse con el polvo y quedar estrujados en el suelo?

*Ojo po-
lítico.*

¡Qué mal lo discurre, respondió Argos. Esos son hoy los

prácticos. Porque más político es mirar un hombre á quien se dobla, á quien hinca la rodilla, qué numen adora, quien ha de hacer el milagro. Que hay imágenes viejas, de adoración pasada, que no se les hace ya fiesta, figura del descarte, barajadas de la fortuna. Estos ojos son para brujulear quien triunfa, para hacerse hombre, ver quien vale y ha de valer.

De verdad, que no me desagradan, dijo Critilo, y que en las cortes me dicen se estiman harto. Por no tener yo otros como ellos, voy siempre rodando. Esta mi entereza me pierde.

Una cosa no me puedes negar, replicó Andrenio: que los ojos en las espinillas no sirven sino para lastimarse. Señor, en los pies están en su lugar, para ver un hombre dónde los tiene, dónde entra y sale, en qué pasos anda; pero en las piernas ¿para qué?

¡Oh, sí! Para no echarlas ni hacerlas con el poderoso, con el superior. Atienda el sagaz con quien se toma, mire con quien las ha y, en reconociéndole la cuesta, no parta peras con él, cuanto menos piedras. Si éstos hubiera tenido aquel hijo del polvo, no se hubiera metido entre los brazos de Hércules, nunca hubiera luchado con él. Ni los rebeldes titanes se hubieran atrevido á descomponerse con el Júpiter de España. Que estas necias semillas tienen abrumados á muchos.

Prométoos que para poder vivir es menester armarse un hombre de pies á cabeza, no de ojetes, sino de ojazos, muy despiertos. Ojos en las orejas para descubrir tanta falsedad y mentira. Ojos en las manos para ver lo que da y mucho más lo que toma. Ojos en los brazos para no abarcar mucho y apretar poco. Ojos en la misma lengua para mirar muchas veces lo que ha de decir uno. Ojos en el pecho para ver en qué lo ha de tener. Ojos en el corazón, atendiendo á quien le tira ó le hace tiro. Ojos en los mismos ojos para mirar cómo miran. Ojos y más ojos y reojos, procurando ser Elmirante en un siglo tan Adelantado.

¿Qué hará, ponderaba Critilo, quien no tiene sino dos y éstos

nunca bien abiertos, llenos de legañas y mirando añiadamente con dos niñas? ¿No nos venderías, que ya nadie da, si no es el señor don Juan de Austria, un par desos, que te sobran?

*Hércules
de Aus-
tria.*

¿Qué es sobrar?, dijo Argos. De mirar nunca hay harto. A más de que no hay precio para ellos; sólo uno y ese es un ojo de la cara.

¿Pues qué ganaria yo en eso?, replicó Critilo.

Mucho, respondió Argos. El mirar con ojos ajenos, que es una gran ventaja; sin pasión y sin engaño, que es el verdadero mirar. Pero vamos, que yo os ofrezco que, antes que nos dividamos, habéis de lograr otros tantos como yo. Que también se pegan, como el entendimiento, cuando se trata con quien le tiene.

¿Dónde nos quieres llevar?, preguntó Critilo, ¿y qué haces aquí, en esta plaga del mundo, que todo él se compone de plagas?

Soy guarda, respondió, en este puerto de la vida, tan difícil, cuan realzado: pues comenzándole todos á pasar mozos, se hallan al cabo hombres. Aunque no lo sienten tanto como las hembras, con que de mozas, que antes eran, se hallan después dueñas; mas ellas reniegan de tanta autoridad. Y ya que no tienen remedio, buscan consuelo en negar. Y es tal su pertinacia, que estarán muchas canas de la otra parte y porfian que comienzan ahora á vivir. Pero callemos, que lo han hecho crimen de descortesía y dicen: más querriamos nos desañasen, que desengañasen.

*Puerto y
puerta de
la vida.*

¿De modo, dijo Critilo, que eres guarda de hombres?

Sí y muy hombres: de los viandantes. Porque ninguno pase mercaderías de contrabando de la una provincia á la otra. Hay muchas cosas prohibidas, que no se pueden pasar de la juventud á la virilidad. Permitense en aquella y en ésta están vedadas so graves penas. A más de ser toda mala mercadería y perdida por ser mala hacienda. Cuéstales á algunos muy cara la niñería. Porque hay pena de infamia y tal vez de la vida, especialmen-

Costumbres de contrabando. te si pasan deleites y mocedades. Para obviar este daño tan pernicioso al género humano, hay guardas muy atentas, que corren todos estos parajes, cogiendo los que andan descaminados. Yo soy sobre todos y así os aviso que miréis bien si lleváis alguna cosa, que no sea muy de hombres, y la depongáis. Porque, como digo, á más de ser cosa perdida, quedareis afrentados, cuando seáis reconocidos. Y advertid que, por más escondida que la llevéis, os la han de hallar. Que del mismo corazón redundará luego á la boca y los colores al rostro.

Demudóse Andrenio. Mas Critilo, por desmentir indicios, mudó de plática y dijo:

En verdad, que no es tan áspera la subida, como habíamos concebido. Siempre se adelanta la imaginación á la realidad. ¡Qué sazonados están todos estos frutos!

Hombre en su punto. Si, respondió Argos: que aquí todo es madurez. No tienen aquella acedia de la juventud, aquel desabrimiento de la ignorancia, lo insulso de su conversacion, lo crudo de su mal gusto. Aquí ya están en su punto, ni tan pasados como en la vejez ni tan crudos como en la mocedad; sino en un buen medio.

Topaban muchos descansos, con sus asientos bajo de frondosos morales muy copados, cuyas hojas, según decía Argos, hacen sombra saludable y de gran virtud para las cabezas, quitándoles á muchos el dolor della. Y aseguraban haberlos plantado algunos célebres sabios, para alivio en el cansado viaje de la vida. Pero lo más importante era que á trechos hallaban algún refresco de saber, confortativos de valor, que se decía haberlos fundado allí á costa de su sudor algunos varones singulares, dotándolos de renta de doctrina. Y así en una parte les brindaron quintas esencias de Séneca, en otras divinidades de Platón, néctares de Epicuro y ambrosias de Demócrito y de otros muchos autores sacros y profanos, con que cobraban, no sólo aliento, pero mucho ser de personas, adelantándose á todos los demás.

Aduana de vida. Al sublime centro habian llegado de aquellas eminencias, cuando descubrieron una gran casa labrada, más de provecho,

que de artificio. Y, aunque muy capaz, nada suntuosa. De profundos cimientos, asegurando con firmes estribos las fuertes paredes. Mas no por eso se empinaba ni poblaba el aire de castillos ni de torres. No brillaban chapiteles ni andaban rodando las giraldas. Todo era á lo macizo, de piedras sólidas y cuadradas, muy á machamartillo. Y aunque tenia muchas vistas con ventanas y claraboyas á todas luces; pero no tenia reja alguna ni balcón. Porque entre hierros, aunque dorados, se suelen forjar los mayores y aun ablandarse los pechos más de bronce.

El sitio era muy esento, señoreando cuanto hay á todas partes y participando de todas luces, que ninguna aborrece. Lo que más la ilustraba eran dos puertas grandes y siempre patentes: la una al oriente de donde se viene y la otra al ocaso donde se va. Y aunque ésta parecía falsa, era la más verdadera y la principal. Por aquella entraban todos y por ésta salian algunos.

Causóles aquí estraña admiración ver cuán mudados salian los pasajeros y cuán otros de lo que entraban, pues totalmente salian diferentes de si mismos. Así lo confesó uno á la que le decía: Yo soy aquella, respondiéndole: Yo no soy aquél.

Los que entraban risueños, salian muy pensativos; los alegres, melancólicos; ninguno se reía. Todo era autoridad. Y así los muy ligeros antes, ahora procedian graves; los bulliciosos, pausados; los flacos, que en cada ocasión daban de ojos, ahora en la cuenta; pisando firme los que antes de pie quebrado; los livianos, muy sustanciales. Estaba atónito Andrenio, viendo tal novedad y tan impensada mudanza.

Aguarda, dijo: aquel que sale hecho un Catón ¿no era poco ha un chisgaravis?

El mismo.

¡Hay tal transformación!

¿No veis aquel, que entraba saltando y bailando á la francesa, cómo sale muy tétrico y muy grave á la española? Pues aquel otro sencillo ¿notáis qué doblado y qué cauto se muestra?

Transformaciones de la edad.

Aquí, dijo Andrenio, alguna Circe habita, que así transforma las gentes. ¿Qué tienen que ver con éstas todas las metamorfosis, que celebra Ovidio? Mirad aquel, que entró hecho un Claudio emperador, cuál sale hecho un Ulises. Todos se movían antes con ligera facilidad, y ahora proceden con maduro juicio. Hasta el color sacan, no sólo alterado, pero mudado.

*Madurez
varonil.*

Y realmente era así, porque vieron entrar un boquirrubio y salió luego barbinegro. Los colorados, pálidos; convertidas las rosas en retamas. Y en una palabra, todos trocados de pies á cabeza, pues ya no movían ésta con ligereza á un lado ni á otro; sino que la tenían tan quieta, que parecía haberles echado á cada uno una libra de plomo en ella. Los ojos altaneros, muy mesurados. Asentaban el pie, no jugando del brazo. La capa sobre los hombros muy á le chapado.

No es posible sino que aquí hay algún encanto, repetía Andrenio. Aquí algún misterio hay. ¿O esos hombres se han casado, según salen pensativos?

¿Qué mayor encanto, dijo Argos, que treinta años á cuestas? Esta es la transformación de la edad. Advertid que en tan poca distancia, como hay de la una puerta á la otra, hay treinta leguas de diferencia, no menos, que de ser mozo á ser hombre. Este es el pasadizo de la juventud á la varonil edad.

En aquella primera puerta dejan la locura, la liviandad, la ligereza, la facilidad, la inquietud, la risa, la desatención, el descuido con la mocedad. Y en esta otra cobran el seso, la gravedad, la severidad, el sosiego, la pausa, la espera, la atención y los cuidados con la virilidad.

Y así veréis que aquel, que hablaba de taravilla, ahora tan espacio, que parece que da audiencia. Pues aquel otro, que le iba chapeando el seso, mirad qué chapado sale. El otro con sus cascos de corcho qué sustancial se muestra. ¿No atendéis á aquel tan medido en sus acciones, tan comedido en sus palabras? Este era aquel casquilucio. Tened cuenta cuál entra aquel con sus pies de pluma; veréis luego cuál saldrá con pies de

plomo. ¿No veis cuántos valencianos entran y qué de aragoneses salen? Al fin, todos muy otros de sí mismos, cuando más vuelven en sí. Su andar pausado, su hablar grave, su mirar compuesto y que compone, y su proceder concertado, que cada uno parece un Chumacero.

Dábales ya prisa Argos que entrasen y ellos:

Dinos primero ¿qué casa es ésta tan cara?

Esta es, respondió, la aduana general de las edades. Aquí comparecen todos los pasajeros de la vida y aquí manifiestan la mercadería que pasan, averiguase de dónde vienen y dónde van á parar.

Entraron dentro y hallaron un areópago, porque era presidente el Juicio, un gran sujeto, asistiéndole el Consejo muy hombre, el Modo muy bienhablado, el Tiempo de grande autoridad, el Cierzo de mucha cuenta, el Valor muy ejecutivo y así otros grandes personajes. Tenía delante un libro abierto de cuenta y razón, cosa que se hizo muy nueva á Andrenio, como á todos los de su edad y que pasan á ser gente de veras. Llegaron á tiempo que actualmente estaban examinando á unos Examen
de per-
sonas. viandantes de qué tierra venían.

Con razón, dijo Critilo, porque della venimos y á ella volvemos.

Si, dijo otro, que sabiendo dónde venimos, sabremos mejor dónde vamos.

Muchos no atinaban á responder: que los más no daban razón de sí mismos. Y así, preguntándole á uno dónde caminada, respondió que adonde le llevaba el tiempo, sin cuidarse más que de pasar y hacer tiempo.

Vos le hacéis y él os deshace, dijo el presidente.

Y remitióle á la reforma de los que hacen número en el mundo.

Respondió otro que él pasaba adelante, por no poder volver atrás.

Los más decían que porque los habían echado, con harto do-

lor de su corazón, de los floridos países de su mocedad; que, si si eso no fuera, toda la vida se estuvieran con gusto, dándose verdes de mocedades. Y á éstos los remitieron á la reforma de añiados.

Estábase lamentando un príncipe de verse así tan adelante y á su antecedente tan atrás. Porque hasta entonces, divertido con los pasatiempos de la mocedad, no había pensado en ser algo; pero, aquellos ya acabados, le daba gran pena ver que le sobraban años y le faltaban empleos. Remitiéronle á la reforma de la espera, si no quería reinar por falto, que era despeñarse.

En busca de la honra dijeron algunos que iban, muchos tras el interés y muy pocos los que á ser personas; aunque fueron oídos de todos con aplauso y de Critilo con observación.

Llegaron en esto las guardas con una gran tropa de pasajeros, que los habían cogido descaminados. Mandaron fuesen luego reconocidos por la Atención y el Recato y que les escudriñasen cuanto llevaban. Topáronle al primero no sé qué libros y algunos muy metidos en los senos.

Leyeron los títulos y dijeron ser todos prohibidos por el Juicio, contra las pragmáticas de la prudente Gravedad, pues eran de novelas y comedias.

*Reforma
de libros.*

Condenáronlos á la reforma de los que sueñan despiertos. Y los libros mandaron se les quitasen á hombres que lo son y se relajasen á los pajes y doncellas de labor. Y generalmente todo género de poesía en lengua vulgar, especialmente burlesca y amorosa, letrillas, jácaras, entremeses, follaje de primavera, se entregaron á los pisaverdes.

Lo que más admiró á todos fué que la misma Gravedad en persona ordenó seriamente que de treinta años arriba ninguno leyese ni recitase coplas ajenas, mucho menos propias ó como suyas, so pena de ser tenidos por ligeros, desatentos ó versificantes. Lo que es leer algún poeta sentencioso, heroico, moral y aun satírico, en verso grave, se les permitió á algunos de mejor gusto, que autoridad, y esto en sus retretes, sin testigos, ha-

ciendo el descomido de tales niñerías; pero allá á escondidas, chupándose los dedos. El que quedó muy corrido fué uno, á quien le hallaron un libro de caballerías.

Trasto viejo, dijo la Atención, de alguna barbería.

Afeáronsele mucho y le constriñeron lo restituyese á los escuderos y boticarios. Mas los autores de semejantes disparates, á locos estampados.

Replicaron algunos que para pasar el tiempo se les diese facultad de leer las obras de algunos otros autores, que habían escrito contra estos primeros, burlándose de su quimérico trabajo, y respondiéndoles la Cordura que de ningún modo, porque era dar de lodo en el cieno y había sido querer sacar del mundo una necedad con otra mayor.

En lugar de tanto libro inútil, ¡Dios se lo perdone al inventor de la estampa!, ripio de tiendas y ocupación de legos, les entregaron algunos Sénecas, Plutarcos, Epictetos y otros, que supieron hermanar la utilidad con la dulzura.

Acusaron éstos á otros, que no menos ociosos y más perniciosos, se habían jugado el sol y quedado á la luna, diciendo que para pasar el tiempo. Como si él no los pasase á ellos y como si el perderlo fuera pasarlo.

*Polilla
del
tiempo.*

De hecho le hallaron á uno una baraja. Mandaron al punto quemar las cartas, por el peligro del contagio, sabiendo que barajas ocasionan barajas y de todas maneras empeños, barajando la atención, la reputación, la modestia, la gravedad y tal vez la alma. Mas al que se los hallaron, con todos los tahures, hasta los cuartos, que es la cuarta generación, les barajaron las haciendas, las casas, la honra, el sosiego para toda la vida.

En medio desta suspensión y silencio se le oyó silbar á uno, cosa que escandalizó mucho á todos los circunstantes y más á los españoles. Y averiguada la desatención, hallaron había sido un francés y le condenaron á nunca estar entre personas.

Más les ofendió un sonsonete, como de guitarra, instrumento

vedado so graves penas de la Cordura. Y asi refieren que dijo el Juicio, en sintiendo las cuerdas:

¿Qué locura es ésta? ¿Estamos entre hombres ó entre barberos?

Hizose averiguación de quién la tañía y hallaron era un portugués. Y cuando creyeron todos le mandarian dar un trato de cuerda, oyeron que le rogaban, que á los tales se les ruega, tañese algún son moderno y lo acompañase con alguna tonadilla. Con harta dificultad lo recabaron y con mayor después que cesase. Gustaron mucho, aun los más serios ministros de la reforma humana. Y generalmente se les mandó á todos los que pasan de mozos á hombres que de allí adelante ninguno tañese instrumento ni cantase; pero que bien podían oír tañer y cantar, que es más gusto y más decoro.

Enamorado, mozo ó loco. Iban con tanto rigor en esto de reconocer los humanos pasajeros, que llegaron las guardas á desnudar algunos de los sospechosos. Cogieronle á uno un retrato de una dama, ahorcado de un dogal de nácar. Quedó él tan perdido, cuan escandalizados todos los cuerdos. Que aun de mirar el retrato no se dignaron; sino lo que bastó para dudar cuál era la pintada, ésta ó aquella.

Reparó una de las guardas y dijo:

Este ya yo le he quitado á otro y no ha muchos días.

Mandáronle sacar y hallaron una docena dellos.

Basta, dijo el presidente: que una loca hace ciento. Recójalos como moneda falsa, doblones de muchas caras.

Y á él le intimaron que ó menos barbas ó menos figurerías y que esto de trillar la calle, dar vueltas, comer hierro, apuntalar esquinas, deshollinar balcones, lo dejasen para los Adonis boquirrubios.

El que causó mucha risa fué uno, que llegó con un ramo en la mano y, averiguando que no era médico ni valenciano, sino pisaverde, le atropelló la Atención, diciéndole era ramo de locura, tablilla de mesón, vacío de seso.

Vieron uno, que no miraba á los otros y sin ser tosco tenía fijos los ojos en el sombrero.

Pues no será de corrido, dijo la Sagacidad.

Y en sospechas de liviandad, llegaron á reconocerle y le hallaron un espejillo, clavado en la copa del sombrero y por cosa cierta averiguaron era primo loco, sucesor de Narciso.

No se admiraron tanto éstos, cuanto de un otro, que *Traje, corteza del ánimo.* repletia para Catón en la severidad y aun se emperdigaba para repúblico. Miráronle de pies á cabeza y brujuleáronle una faldilla de un jubón verde, color muy malvisto de la Autoridad.

¡Oh! qué bien merecía otro, votaron todos. Pero por no escandalizar el populacho, muy á lo callado le remitieron al nuncio de Toledo, que le absolviere de juicio.

A otro, que debajo una sotanilla negra traía un calzón acuchillado, le condenaron á que terciase la falda, prendiéndola de la pretina, para que todo el mundo viese su desgarró.

Intimaron á otros seriamente que en adelante ninguno llevase arremangada la falda del sombrero á la copa; si no es yendo á caballo, cuando ninguno es cuerdo. Ni de canto el sombrero á un lado de la cabeza, dejando desabrigado el seso del otro. Que no se vayan mirando á si mismos ni por sombra, so pena de malvistos. Ni los pies, que no es bien pavonearse. Plumas y cintas de colores se les vedaron; si no á los soldados visoños, mientras van ó vuelven de la campaña. Que todos los anillos se entregasen á los médicos y abades; á éstos, porque entierran los que aquellos destierran.

Pasaron ya los ministros de aquella gran aduana del tiempo á la reforma general de todos cuantos pasan de pajes de la juventud á gentileshombres de la virilidad. Y lo primero, que se *Librea del hombre.* ejecutó, fué desnudarles á todos la librea de la mocedad, el pelo rubio y dorado y cubrirles de pelo negro, luto en lo melancólico y lo largo, pues, cerrando las sienes, llega á ser pelo en pecho.

Ordenáronles seriamente que nunca más peinasen pelo rubio

y menos hacia la boca y los labios, color profano y malvisto en adelante, vedándoles todo género de bozo y de guedejas rizadas, para escusar las risadas de los cuerdos.

Toda color material, que no la formal, les prohibieron, no permitiéndoles aun el volverse colorados; sino pálidos, en señal de sus cuidados. Convirtieron las rosas de las mejillas en espigas de la barba.

De suerte, que de pies á cabeza los reformaban. Echábanles á todos un candado en la boca, un ojo en cada mano y otra cara janual, pierna de grulla, pie de buey, oreja de gato, ojo de linco, espalda de camello, nariz de rinoceronte y de culebra el pellejo.

Gusto reformador

Hasta el material gusto les reformaba, ordenándoles que en adelante no mostrasen apetecer las cosas dulces, so pena de niños; sino las picantes y agrias y algunas saladas. Y, porque á uno le hallaron unos confites, le fué intimado se pusiese el babador, siempre que los hubiese de comer. Y así todos se guardaban de trocar el cardo por las pasas y todos comían la ensalada.

Cogieron á otro comiendo unas cerezas y volvióse de su color. Saltáronle á la cara, mandáronle que las trocase en guindas. De modo, que aquí no está vedada la pimienta; antes se estima más que el azúcar, mercadería muy acreditada, que algunos hasta en el entendimiento la usan y más si se junta con la naranja.

La sal también está muy valida y hay quien la come á puñados; pero sin lo útil no entra en provecho. Salan muchos los cuerpos de sus obrás, porque nunca se corrompan, ni hay tales aromas para embalsamar libros, libres de los gusanos roedores, como los picantes y las sales.

Están tan desacreditados los dulces, que aun la misma Panegiri de Plinio á cuatro bocados enfada. Ni hay hartazgo de zanahorias, como unos cuantos sonetos del Petrarca y otros tantos de Boscan. Que aun á Tito Livio hay quien le llama

tocino gordo y de nuestro Zurita no falta quien luego se empalaga.

Tenga yo gusto y voto; no siempre viva del ajeno. Que los más en el mundo gustan de lo que ven gustar á otros. Alaban lo que oyeron alabar y, si les preguntáis en qué está lo bueno de lo que celebran, no saben decirlo. De modo que viven por otros y se guían por entendimiento ajeno. Tenga, pues, juicio propio y tendrá voto en su censura.

Guste de tratar con hombres, que no todos los que lo parecen, lo son. Razone más que hable. Converse con los varones noticiosos y podrá tal vez contar algunos chistes, encaminando á la gustosa enseñanza; pero con tal moderación, que no sea tenido por maseuentos, el licenciado del chiste y truhán de balde. Podrá tal vez, acompañado de sí mismo, pasearse, pensando, no hablando.

Sea hombre de museo; aunque ciña espada. Y tenga delecto con los libros, que son amigos manuales. No embuta de borra los estantes, que no está bien un picaro al lado de un noble ingenio. Y si ha de preferir, sean los juiciosos á los ingeniosos. Muestre ser persona en todo, en sus dichos y en sus hechos, procediendo con gravedad apacible, hablando con madurez tratable, obrando con entereza cortés, viviendo con atención en todo y preciándose más de tener buena testa, que talle. Advierta que el proporcional Euclides dió el punto á los niños, á los muchachos la línea, á los mozos la superficie y á los varones la profundidad y el centro.

Este fué el arancel de preceptos de ser hombres, la tarifa de la estimación, los estatutos de ser personas, que en voz ni muy alta ni muy caida les leyó la Atención á instancia del Juicio.

Leyes de cordura.

Después Argos con un extraordinario licor, alambicado de ojos de águilas y de linceos, de corazones grandes y de cerebros, les dió un baño tan eficaz, que á más de fortalecer mucho, haciéndolos más impenetrables por la cordura, que un Roldán por el encanto, al mismo punto se les fueron abriendo muchos y va-

rios ojos por todo el cuerpo, de cabeza á pies, que habian estado ciegos con las legañas de la niñez y con las inadvertidas pasiones de la mocedad, y todos ellos tan perspicaces y tan despiertos, que ya nada se les pasaba por alto; todo lo advertian y lo notaban.

Con esto les dieron licencia de pasar adelante á ser personas y fueron saliendo todos de si mismos lo primero, para más volver en si. Fuélos, no guiando, que de aqui adelante ni se llama médico ni se busca guia, sino conduciéndolos Argos á lo más alto de aquel puerto, puerta ya de otro mundo, donde hicieron alto para lograr la mayor vista, que se topa en el viaje de toda la vida. Los muchos y maravillosos objetos, que desde aqui vieron, todos ellos grandes y plausibles, referirá la siguiente Crisi.

CRISI II

Los prodigios de Salastano.

Tres soles, digo tres Gracias, en fe de su belleza, discreción y garbo, contaba un cortesano verídico, ya prodigio, intentaron entrar en el palacio de un gran principe y aun de todos. Coronaba la primera, brillantemente gallarda, de fragantes flores rubias trenzas y recamaba su verde ropaje de líquidos aljófares, tan risueña, que alegraba un mundo entero. Pero, en injuria de su gran belleza, la cerraron tan anticipadamente las puertas y ventanas que, aunque se probó á entrar por cien partes, no pudo. Que, teniéndola por entremetida, hasta los más sutiles resquicios la habian entredicho, y así hubo de pasar adelante, convirtiendo su risa en llanto.

Fuése acercando la segunda, tan hermosa cuan discreta y, chanceándose con la primera á lo Zapata, la decía:

Anda tú, que no tienes arte ni la conoces. Verás cómo yo, en fe de mi buen modo, tengo de hallar entrada.

Comenzó á introducirse, buscando medios é inventando trazas; pero ninguna salía, pues al mismo punto que brujuleaban su buena cara, todos se la hacian muy mala. Y ya no solas las puertas y ventanas la cerraban; pero aun los ojos por no verla y los oídos por no sentirla.

¡Eh! que no tenéis dicha, dijo la tercera, agradablemente linda. Atended cómo yo por la puerta del favor me introduzco en palacio, que ya no se entra por otra.

Fuése entremetiendo con mucho agrado. Mas, aunque á los principios halló cabida, fué engañosa y de apariencia y al cabo hubo de retirarse mucho más desairada.

Estaban tripuladas todas tres, ponderando, como se usa, sus muchos méritos y su poca dicha, cuando llevado de su curiosidad el cortesano, se fué acercando lisonjero y, habiéndolas celebrado, significó su deseo de saber quiénes eran. Lo que es el palacio bien conocido lo tenían, como tan pateado.

Yo soy, dijo la primera, la que voy dando á todos los buenos días; mas ellos se los toman malos y los dan peores. Yo, la que hago abrir los ojos y á todo hombre que recuerde. Yo, la deseada de los enfermos y temida de los malos, la madre de la vividora alegría. Yo, aquella tan decantada esposa de Titón, que en este punto dejó el camarín de nácar.

Pues, señora Aurora, dijo el cortesano, ahora no me espanto de que no tengáis cabida en los palacios, donde no hay hora de oro, con ser todas tan pesadas. Ahí no hay mañana; todo es tarde. Diganlo las esperanzas. Y con ser así, nada es hoy; todo mañana. Así que no os canséis, que allí nunca amanece, aun para vos, por tan clara.

Volvióse á la segunda, que ya decía:

¿Nunca oiste nombrar aquella buena madre de un mal hijo? Pues yo soy y él es odio. Yo, la que, siendo tan buena, todos me quieren mal: cuando niños me babea y, como no les entro de los dientes adentro, me escupen cuando grandes. Tan escl-